



www.loqueleo.com/es

© 2016, Francesc Puigpelat y Jaume Copons

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-182-1

Depósito legal: M-21.901-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Club de los Empollones

Los Premios Nobel y el misterio del gato

Brian Bones

Ilustraciones de LuisD

loqueleg

Ulises Fax

Es un chico normal y sensato. Lo parece, pero no es un verdadero empollón.



Silvestre Marinetti

Un genio en química. Con tubos de ensayo y líquidos de colores, es capaz de fabricar una bomba... fétida.



Luka Rose

Habla 8 lenguas vivas, 6 muertas y varias agonizantes. Puede descifrar cualquier mensaje en clave.



Bridget Kowalsky

Es un as en matemáticas y física. Es muy lista, pero nula en el aspecto social.



Lucien Delange

Es el jardinero de la Escuela Wallaby. Ha pasado de director de una central nuclear a ecologista radical.



María Mendoza

Cocinera de la Escuela Wallaby. Hace los mejores pastelillos del universo.



Michael Wallaby IV
Director de la Escuela Wallaby. Es un poco ingenuo y está enamorado de Stephanie Malkovic.



Stephanie Malkovic
Directora de la Escuela Malkovic. Solterona, colérica y obsesionada con hundir la Escuela Wallaby.



Un trabajo interrumpido

Ser miembro del Club de los Empollones no es fácil. Y menos si no eres un empollón, como es mi caso. Pero mi éxito en el asunto del fantasma del profesor de Matemáticas de la Escuela Wallaby fue tan resonante que yo, Ulises Fax, ingresé en el Club de los Empollones, junto a Bridget Kowalsky, Silvestre Marinetti y Luka Rose. Y los tres se convirtieron en mis mejores amigos. 11

Un día, el director Michael Wallaby IV nos encargó un trabajo en grupo para el final de trimestre. Mis compañeros Bridget, Silvestre y Luka propusieron un tema cada uno.

Bridget propuso que habláramos de los gatos, porque había pasado un fin de semana con

sus padres, y su madre estaba muy obsesionada con un gato.

Luka aventuró un estudio sobre el antiguo Egipto.

Y Silvestre afirmó que sería mejor un trabajo sobre el paso de la magia medieval a la ciencia moderna.

12 Yo no propuse nada. Estaba dispuesto a que hiciéramos el trabajo a partir de cualquiera de las propuestas de mis amigos. Pero los días pasaban, y Luka, Bridget y Silvestre no se ponían de acuerdo.

Al final, pensé en proponer algo que les gustara a los tres. Era la única manera de empezar el trabajo. Y cuando faltaban pocos días para la entrega, lo solté:

—¿Qué os parece si titulamos nuestro trabajo «El gato, desde el antiguo Egipto hasta la ciencia moderna, pasando por la brujería medieval»?

—¡Eres grande, Ulises Fax! —respondió Bridget.



—Ulises: queda claro que te has ganado a pulso tu puesto en el Club de los Empollones —dijo Silvestre solemnemente.

—¡Me encanta! —exclamó Luka.

Decidido el tema, no había tiempo que perder. La verdad es que habíamos ido aplazándolo y teníamos mucha prisa. Tras mi propuesta, nos citamos el día siguiente, después de las clases, a la hora de comer. Según Bridget, si los adultos celebraban comidas de trabajo, ¿por qué no íbamos a hacer nosotros lo mismo?

Mis amigos estaban animados con mi propuesta, pero la comida de trabajo no llegó a celebrarse. La madre de Bridget se presentó en la escuela y se la llevó a almorzar fuera. Y, como no quisimos empezar sin Bridget, lo dejamos para más tarde.

14 Mientras comíamos, tuvimos una visita inesperada: el director Wallaby.

—Espero que tengáis adelantado vuestro trabajo —dijo—. Ya sabéis que hay que entregarlo en cuatro días.

—Sí, Sr. Wallaby —dijo Silvestre.

—Solo nos falta el índice y estará acabado —mintió Luka.



—¡Vaya, Ulises Fax! —dijo Wallaby, reparando en mí—. Te has integrado muy bien en la escuela y en tu grupo. Estoy seguro de que entre todos realizaréis un gran trabajo. Siempre he estado muy orgulloso del Club de los Empollones. Sé que no me fallaréis.

Wallaby se fue sin sospechar que ni siquiera habíamos empezado, y nos olvidamos del asunto para centrarnos en las increíbles albóndigas de María Mendoza, la mejor cocinera del mundo. Por supuesto, repetí de albóndigas. Dos veces.

Bridget regresó a la escuela justo antes de que empezaran las clases de la tarde. Y estaba bastante nerviosa.

—¡Mi madre es candidata al Premio Nobel de Física de este año! —gritó, resoplando.

—¡Qué gran noticia! —dijo Silvestre.

—¡Esto es fantástico! —añadió Luka.

—Sí —respondió Bridget, con indiferencia—, y seguramente tendré que ir a Suecia.

—¿Qué tiene que ver Suecia con el Premio Nobel? —pregunté.



Los seis ojos de los empollones me talaron.

—¡Los Premios Nobel se entregan en Suecia! —dijeron, al unísono.

Hice una pregunta rápida, para diluir un poco el ridículo:

—¿Y vas a ir, Bridget?

—Todavía no lo sé —respondió—. Mi madre me dijo que estaba hablando del tema con mi padre. Si voy, me perderé unos días de clase, pero no cada día le dan un Nobel a tu madre. Ya me perdí el primero.

—¿El primero? —repliqué, sorprendido—.
¿Tu madre ya tiene un Premio Nobel?

—Sí, Ofelia Kowalsky lo ganó cuando yo era una bebé. Fue cuando formuló una aportación decisiva en el campo de los universos paralelos.

—Yo pensaba que solo había un universo —contesté.

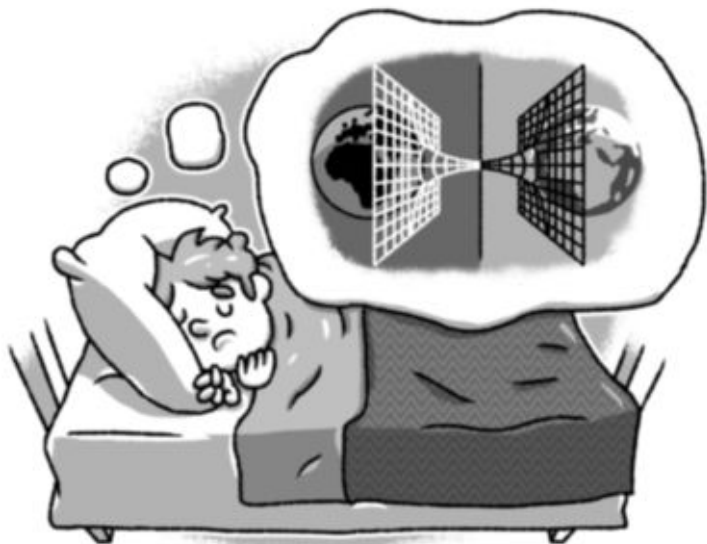
—Hoy por hoy —dijo Silvestre—, la física cuántica, en términos estrictamente teóricos, plantea la existencia de universos paralelos al nuestro.

—Vaya...

—Piensa que los universos paralelos podrían ser muy útiles, por ejemplo para solucionar los embotellamientos en las grandes ciudades —dijo Silvestre—. Bastaría con repartir los coches en dos universos para evitar las colas.

Solo cuando los demás se rieron, me percaté de que Silvestre estaba bromeando.

Tras la noticia de Bridget, decidimos que al día siguiente celebraríamos nuestra comida de trabajo, y luego nos pondríamos manos a la obra.



Esa noche dormí mal. Pensaba en nuestro trabajo de fin de trimestre y me daba cuenta de que no tenía ni idea de los universos paralelos, ni de gatos, ni de Egipto, ni de la magia medieval, ni de ciencia moderna. Y, al final, mientras Silvestre se dedicaba a trabajar en una fórmula del Mega-pegamento, me quedé profundamente dormido y soñé que me iba de clase por un universo paralelo y me dedicaba a jugar a la pelota mientras los demás estudiaban mates.

Al día siguiente, a primera hora, la secretaria de la escuela entró en nuestra clase y le entregó

un sobre a Bridget. Ella lo abrió, leyó la nota, abrió los ojos desmesuradamente, golpeó la mesa y nos miró:

—¡Hoy viene mi padre! Quiere comer conmigo —dijo en voz baja, mientras la profesora de Matemáticas hablaba de los números primos.

¡Otra vez nos ocurría lo mismo! Primero había llegado la madre de Bridget, y ahora su padre. Así que lo que tenía que ser un almuerzo de trabajo se transformó otra vez en almuerzo normal.

—No vamos a terminar el trabajo —me quejé—. ¡Qué digo terminar! ¡Ni siquiera lo vamos a empezar!



—Tranquilo, Ulises —dijo Silvestre—. Por la tarde, cuando se acaben las clases, nos encerraremos en la biblioteca.

—Mientras queden minutos para la entrega del trabajo hay esperanza —afirmó Luka.

—Luka: tú puedes leer 500 páginas en una hora. ¡Pero yo no! —me lamenté.

20 —Relájate, Ulises —dijo Silvestre—. No sufras antes de tiempo.

Cuando Bridget regresó a la escuela, nos dimos cuenta de que le había pasado algo. Estaba callada y pensativa. Y, en clase, estaba como deprimida.

—Esto es un horror —nos dijo, ya en la biblioteca—. Mi madre quiere que vaya a Suecia para la entrega de los Premios Nobel, pero mi padre prefiere que me quede aquí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Luka.

—Porque mi padre cree que no es seguro que le den el Nobel a mi madre. Y, en su opinión, es mejor que me quede en la escuela y no pierda clases.

—Pero no lo entiendo...

Y, entonces, Bridget nos contó los problemas que había entre sus padres:

—Siempre es lo mismo. Los dos se han pasado toda la vida como competidores científicos. Desde sus tiempos en la universidad, han estado compitiendo para ver quién sacaba mejores notas, quién terminaba antes el doctorado, etcétera... ¡Son insoportables! Una vez, cuando yo tenía cinco años, discutieron mientras me preparaban la cena y estuvieron tres días sin hablarse.

—Bueno, todos los padres discuten —respondí, para consolarla.

—Ya, ya... Pero es que ellos hasta discutían sobre cómo batir los huevos de la tortilla. ¡Y discutían acerca del tipo de parábola que tenía que describir el tenedor al batir el huevo!

—Vaya...

—No es que mis padres discutan —insistió Bridget—. Es peor. Basta que uno afirme una cosa para que el otro la niegue.



—Bueno: son físicos —dijo Silvestre—. Ya se sabe que los físicos son raritos.

—Además, hay un problema —admitió Bridget—. Cuando a mi madre le dieron su primer Premio Nobel por lo de los universos paralelos, a mi padre le dio un bajón impresionante, porque él también estaba nominado para el premio y no lo ganó. Me da terror: si mi madre vuelve a ganar el Premio Nobel, mi padre podría tener otro bajón. Pero, si pierde, la que podría tener un superbajón sería ella. Los dos son muy sensibles y muy competitivos.

—Son los celos —dijo Luka—. La literatura universal está plagada de gente celosa, como el Otelo de Shakespeare.

—¡Sí, son los celos! —reconoció Bridget—. Además, mi padre se llama Otelo. Otelo Kowalsky. ¡Mis padres siempre han tenido muchos celos... profesionales!

—Creo que sería posible crear un medicamento contra los celos —afirmó Silvestre—. Es más: sería un pequeño paso para el mundo

científico, pero un gran paso para la industria farmacéutica.

—En este caso, quizás podría solucionarse lo de tus padres —dijo Luka, sonriente.

—¡En este caso, nada! —concluyó Bridget.

Bridget estaba bastante afectada y, como en el Club de los Empollones éramos amigos por encima de todo, tuvimos que escucharle hablar de sus padres durante horas. Y, para variar, tampoco empezamos nuestro trabajo.

24

